

paña, bajo las alas del águila de dos cabezas, estaba en el apogeo de su grandeza, y era el imperio mas vasto del mundo, un imperio en que el sol no se ponía nunca; de una época en que el mas grande de los Hapsburgos pronunció el famoso *plus-ultra*, y abrió por las columnas de Hércules un camino al porvenir. El águila majestuosa y las columnas con la altiva divisa cubren todavía hoy las paredes del Ayuntamiento.

De esta plaza se dirige uno por una calle estrecha y horriblemente empedrada, a la catedral, la verdadera maravilla de Sevilla, y uno de los mas hermosos monumentos del arte cristiano. La gravedad del estilo gótico reina aquí bajo esas bóvedas misteriosas é inmensas recargadas de adornos y de graciosas blondas, estremeciéndose bajo el soplo de la fe; los elegantes arcos corren de pilar en pilar como otros tantos florones de una soberbia diadema; las altas ventanas de forma ojival se lanzan hácia el cielo, y sus sombrías vidrieras que solo dejan pasar una luz amortiguada y misteriosa, completan aquel conjunto verdaderamente incomparable. Véanse también arcos moriscos ovalados y decorados con aquella prodigalidad de adornos que caracteriza las obras de los maestros árabes y les da un carácter tan vaporoso y tan ligero; los arcos dobles con sus columnitas de mármol colocados en la mayor parte de la giralda, indican que fué construida casi en su totalidad bajo la dominación musulmana.

A la extremidad de la nave pasamos la reja de una capilla bastante grande y de construcción nueva. Detrás del altar, una cortina encarnada cubría el sepulcro de San Fernando, mi patron. Confieso que no había sabido nunca, ó por lo ménos había olvidado, que este piadoso monarca estuviese sepultado en Sevilla; por lo tanto, grande impresión me produjo que el sacristán me dijese de repente que allí reposaban los huesos de aquel con cuyo nombre fui bautizado, de quien tengo el honor de descender y a quien la Iglesia ha constituido mi principal defensor ante el trono de Dios. El sepulcro con la cortina roja está en medio, véanse á derecha é izquierda grandes nichos, y en cada uno, bajo un dosel de terciopelo, un ataúd cubierto con un paño, una corona y un cetro de oro. Dos hijos de Fernando reposan allí. Alfonso por sobrenombre el Sabio, y una de sus hermanas. Me producía una

impresión extraña el ver aquellos sepulcros adornados y expuestos a la vista del público, como si hubiesen sido depositados ayer, llevando, sin embargo, las señales de la mas alta antigüedad. Era aquel un cuadro de una gravedad imponente é impregnado del carácter augusto de la antigua monarquía cristiana. El santo y sus hijos se hallan reunidos en la casa de Dios, que arrancaron de las manos de los infieles, eligiéndola para sepultura común; son tumbas revestidas de dignidad y de majestad religiosa, que en nada se parecen a aquellos monumentos de estilo sensual y pagano desprovistos de las insignias de la fe, como los que se levantaron los orgullosos Médicis y como se encuentran con demasiada frecuencia en Italia, en donde la vanidad humana se imagina que puede reemplazar a la simple y divina grandeza de la religión, con esculturas y epitafios ambiciosos. Aquellos monumentos son los de una piadosa familia cuya majestad y grandeza se humillaba ante el signo augusto de la cruz.

Muéstranse en la catedral dos obras maestras de Murillo: un *San Francisco* en éxtasis, y un *Angel Custodio*. El primero es ciertamente una creación sublime; jamás se ha llevado tan lejos la magia de la pintura. El santo en éxtasis está arrodillado, con los ojos vueltos al cielo; atraído por la fuerza de la oración, baja el Niño Jesús de nube en nube y se detiene delante de él para bendecirlo: estas nubes vaporosas forman una corona de alegres angelitos. Me parece que la figura del Niño es un poco amanerada; defecto que se halla con frecuencia en este gran maestro. También me agradan medianamente los angelitos, que saltan, caen, suben y se acuestan en tormentosa confusión; no soy partidario de las anatomías demasiado arriesgadas, como las que el Corregio se permite exageradamente. Pero la figura del santo es de incomparable belleza: la piedad, el fervor expresados en aquellas facciones, en toda aquella postura, son de un efecto maravilloso; es en efecto, un gran santo, un ser inspirado por Dios, el que tenemos delante. En cuanto al *Angel Custodio* con el Niño, imposible me es hallar en ellos algún carácter de elevación y de grandeza. Manifiéstanse en Murillo los mayores contrastes, no solo entré un cuadro y otro, sino frecuentemente en una misma obra: la belleza, la gracia, la nobleza, se ven al lado de lo común

y de lo rústico; deliciosas Madonas al lado de Niños Jesus vulgares.

Las capillas situadas a derecha é izquierda de las puertas laterales, son famosas por la riqueza extraordinaria de su ornamentación gótica.

Celebróse la misa mayor detras de las rejas doradas del coro. La catedral se mostraba en su imponente majestad; llegaba el momento supremo de la elevación: las graves y patéticas voces del órgano resonaron bajo las bóvedas góticas; las cabezas de los fieles se inclinaron al sonido de las campanas; una columna de incienso subió como vaporosa nube al altar para saludar el sacrificio augusto, que hacia descender entre nosotros al Señor del mundo, al Hijo de Dios: es uno de aquellos momentos sublimes, conmovedores, solemnes, que solo pertenecen a la verdadera religion católica, y arroban en adoración y éxtasis el corazón del hombre.

Quando hubo acabado la misa, emprendimos una visita al *Alcázar*. También esta es una obra de un pueblo creyente; pero que no conoció la verdadera luz. Su sensualidad que juega tan gran papel en la vida musulmana, ha impreso su sello en este maravilloso edificio. Se asombra uno, se admira, y sin embargo no siente mas que una excitación agradable de la imaginación: la gravedad superior falta completamente.

La entrada principal del palacio se halla en una elegante y pintoresca fachada iluminada con variados y vivos colores, y cubierta de una red de adornos, de una guirnalda de arabescos graciosamente combinados. Pequeñas columnas y alegantes arcos soportan la bóveda a la manera oriental: las paredes exteriores están tejidas de hilos de oro y de seda como una alfombra del Oriente: este edificio es ligero y fantástico como el poético espíritu del pueblo que lo construyó. Sobre la puerta, en el patio exterior situado delante de la parte principal del edificio, se lee una sentencia del Corán.

Entramos al jardín por una avenida lateral, é inmediatamente se desplegó a nuestra vista un mar deslumbrador de verdura y de flores. Cierra uno de sus lados un alto muro guarnecido de grutas, de estatuas y de pórticos. Conchas y mármoles preciosos dibujan en la piedra adornos en mosaico, mientras que elegantes terrados,

adornados con paños barnizados, soportan la superficie unida y límpida de un estanque cuyas aguas riegan el jardín: elévase en medio del estanque una estatua en bronce de Mercurio.

Conduce de este punto elevado a un jardín interior, dividido por terrados y muros de naranjos, una escalera cuya parte inferior abriga una nueva gruta de conchas, con su agua dormida y misteriosa, y cuyos escalones están rodeados de festones de rosas trepadoras. En medio de platabandas cortadas en figuras regulares, se levantan dos columnas coronadas de estatuas: angostos y bonitos paseos rematan en un pequeño sitio, en el que hay una elegante fuente. Una puerta abierta en el follaje, conduce a un nuevo y mas amplio compartimiento de aquel bosque de naranjos; por doquier las grutas y las estatuas, las magnificencias de la piedra y del mármol, atestiguan el antiguo esplendor de este eden creado por Don Pedro.

La fachada del palacio que cae de este lado se liga con el jardín, descansando sobre una bóveda que rodea el vasto estanque en donde el rey de Aragon, acariciado por las brisas de la tarde y embriagado en los suaves perfumes de los naranjos y los mirtos, se bañaba con su amada, la bella María Padilla, mientras que desde un estrecho calabozo, que todavía existe, la desgraciada reina se veía obligada a presenciar los placeres criminales de su esposo. Cosa extraña, sin embargo: Pedro *el Cruel* y el feroz Felipe II son acaso los monarcas de España que han gozado de mayor popularidad: ellos han dejado en su país gloriosos recuerdos históricos y de este modo han llegado a ser para los españoles los reyes por excelencia. En un compartimiento lateral hay otra puerta rodeada de preciosas flores, llegándose a ella por un laberinto de verdura.

El mas bello adorno de este mágico jardín es un pabellon morisco construido por Carlos V, príncipe de mi casa, tan querido de mi corazón, en el cual tenia el grande hombre costumbre de tomar sus comidas; un pórtico rodea la elegante sala, en la que se ve aún una pequeña fuente dispuesta para recibir el chorro de agua que ahora le falta. Las paredes están decoradas con ricas piedras labradas barnizadas, que llevan en relieve el águila de dos cabezas y la doble columna: en las losas del suelo está grabado el año 1546.

Quando volvimos al jardín, soltaron, a pedimento nuestro, al-

gunos de los antiguos chorros de agua: las grutas se llenaron de un polvo de plata, del piso de las calles brotaron profusamente elegantes fuentes cuyo gorjeo derramaba por los aires un voluptuoso murmullo.

¡Qué delicia debe ser la de pasearse y vivir en medio de semejantes encantamientos! ¡Cuán maravillosamente cuadra aquel murmullo de las aguas a las noches serenas de España alumbradas por la luna! El jardín interior no pertenece a la misma época que el palacio morisco; pero los vencedores cristianos, en su sensualidad poética, supieron ponerlo en armonía con el edificio que vamos a visitar ahora.

La escalera es ancha y majestuosa; las esculturas de madera del techo, son de una belleza que arrebató; allí ha dejado su huella el genio grandioso de Carlos V. Las salas superiores sufren grandes reparaciones, porque el tiempo y la mano bárbara de los hombres las han deteriorado; pero hay que ver todavía en ellas muchas cosas notables: parece que el espíritu de los antiguos califas habita aquellos lugares, y los siglos no han podido borrar las encantadoras creaciones de su imaginación soñadora y fantástica. El Alcázar es una tienda real y magnífica, cuyas elegantes columnas sostienen soberbios brocados de Damasco, tapices de la India y velos de encaje de maravilloso tejido.

Mira uno, y se pregunta si los tibios soplos del viento no van a levantar el velo de encaje, si los tapices dorados no comienzan a ondular movidos por las brisas de la tarde: ¡ilusión maravillosa, producida por la magia del arte oriental! Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido bajo aquellas hechiceras bóvedas, y los tapices de la India están aún suspendidos de las mismas columnas de que los colgaron en tiempos atrás los califas: la tienda fantástica que los reyes del Oriente armaron a orillas del Guadalquivir, está toda construida de piedra y sólidos materiales. Aquellas ricas tapicerías, aquellas ingeniosas combinaciones de figuras regulares, que dan testimonio de la ciencia de los maestros que las dibujaron, no son más que un mosaico de ladrillos pintados y de piedras delicadamente esculpidas: esos velos de encaje que encantan nuestra vista son el trabajo en claro más ligero y más fino que mano humana haya jamás hecho con mortero y

arcilla. Enlázanse por todas partes sentencias ó *suras* del Corán en caprichosos y fantásticos arabescos.

Cada sala tiene sus bellezas particulares y merecería un largo estudio: algunas de las piezas principales tienen la altura de dos pisos y están coronadas por galerías elegantes desde las cuales se pueden contemplar las magnificencias que se desarrollan a los pies. En el ala derecha se nos mostró una capilla, medio gótica y medio morisca, que alcanza a la época de Isabel de Castilla. Un arte admirable ha unido aquí las líneas austeras é imponentes del estilo gótico a la riqueza de la ornamentación oriental: la ojiva creación mística del genio cristiano y germánico, tiene por adorno la granada morisca fina y graciosamente cincelada; la invención original de los mahometanos, el ladrillo barnizado, se ve empleado en un uso cristiano y forma la parte superior de un altar representando la *Anunciación*. Cerca de allí hay una pieza, cuyo techo de madera maravillosamente esculpido en relieve recuerda ya la época moderna. Se atribuye á Carlos V, uno de los últimos monarcas españoles que hayan habitado aquel encantado palacio.

La sala de los embajadores es la obra maestra del arte morisco. Allí se ha desplegado para deslumbrar y fascinar la vista el más prodigioso lujo de ornamentación que pueda acumular la mano del hombre. Ancha puerta conduce del patio a esta sala; a derecha é izquierda, y abriéndose sobre las piezas laterales, se elevan elegantes pórticos cubiertos de los más delicados adornos. A la altura del primer piso, hay tribunas dispuestas a lo largo de las paredes: el techo dorado forma cantidad de pequeñas y brillantes cúpulas cuyas líneas regulares se elevan y juntan en pirámides. Estas cúpulas alternan a su vez con pirámides de oro trastocadas, formando tantas elegantes estaláctitas cuantas podían adaptarse exactamente en los huecos de las pequeñas bóvedas. Este tablero de pequeñas cúpulas que nacen unas de otras, cruzando y cortando a cada instante sus aristas, parece más bien producto de una cristalización fortuita que obra de mano humana: el azul, el rojo y el verde brillan aún en las molduras con un lustre casi tan vivo como si acabasen de ser dados. Las paredes están cubiertas desde el friso hasta una altura de hombre, de bordados de estuco de delicadeza y complicación increíbles; centenares de años han tras-

currido, y el oro y los colores resplandecen todavía con arte misterioso y mágico para formar el mas brillante y bello esmalte.

Uno de los adornos mas graciosos empleados en este palacio son las hojas de vid delicadamente esculpidas en la piedra. Ellas nos prueban que los moros emplearon en su decoracion no solo las líneas geométricas, sino tambien las ricas y vivas formas de la naturaleza. El Coran prohíbe a los mahometanos la reproduccion de la forma humana: los cristianos fueron quienes en tiempos posteriores establecieron, en la sala de los embajadores, en los intercolumnios, los retratos de los reyes de España, entre los que tambien se muestra a los extranjeros la bella y noble figura de María Padilla: las facciones de esta soberbia mujer expresan su altiva gravedad. Bajo cada retrato está el blason del personaje, con una inscripcion que indica su nombre, y además, en los de los reyes, el año del advenimiento y el de la muerte. Los cortes practicados sobre las entradas para dar acceso al aire y a la luz, son de una delicadeza y de un gusto maravilloso. Nunca ví en ningun otro país del mundo cosa semejante, ni admiré nada tan delicado y tan seductor. Los entretejidos de esos ligeros recortes son de gracia y nobleza incomparables, y solo merced a largos estudios y a un sentimiento artístico de los mas exquisitos, se pudo lograr formar semejantes dibujos por el simple entrecruzamiento de líneas rectas. Revélase un arte perfeccionado hasta en los arabescos de color de los ladrillos barnizados cuyo matiz principal es siempre el verde, color del Profeta: al primer aspecto cree uno ver una mezcolanza de matices confusos; pero mirando mas de cerca se descubren las figuras mas maravillosas, que se extienden sobre el muro, desde el piso hasta la altura del hombro, y se confunden para formar una figura única y principal que se repite por todo el palacio, y pone en armonía los patios, las paredes y las galerías.

La gran capilla del Alcázar, de estilo completamente moderno, no ofrece mas interes que el de haber servido en otro tiempo de habitacion a la famosa Padilla, y conduce por una escalera secreta al departamento de Don Pedro.

Desde lo alto de una galería cubierta contemplamos el aspecto interior del patio: doble arquería la rodea en el piso bajo y en el principal; los arcos están sostenidos por ligeras columnas; los ara-

bescos matemáticos de los ladrillos barnizados adornan las paredes de la galería inferior, y en medio del patio se levanta una doble fuente de mármol de la que salta un chorro de agua. En la galería de arcos del piso bajo, del lado derecho del patio, se levantaba en otro tiempo el trono en que se sentaban los reyes moros para recibir el tributo de las cien hermosas jóvenes que le pagaba anualmente el país. En esos lugares en que florecieron el esplendor y el brillo del despotismo oriental, solo reina ahora la calma de la muerte, y solo el paso del extranjero resuena en aquellas salas en que los ricos tejidos de cachemira protegían los piés de los Califas del frio del mármol, en donde los vapores ligeros del ámbar ascendían graciosamente bajo las bóvedas doradas, en donde las rosas cubrían con sus festones las columnas de jaspe, y en donde el sonido del laúd y el murmullo de las aguas resonaban en la calma de las noches alumbradas por la luna.

El poético espíritu de Cárlos V respetó aquella morada que la espada de Fernando habia sabido arrancar a los descendientes del Profeta; pero el dulce cielo de España enervó la raza de los reyes alemanes y franceses, y el sentimiento de lo grande, el genio creador se eclipsaron poco á poco.

Siguiendo la galería a lo largo, se llega por una puerta sobre la que hay pintadas tres cabezas de muertos, a una sala magnífica que en tiempos pasados conducía por una escalera secreta a la habitacion de D. Pedro. Las paredes están cubiertas de soberbios arabescos en relieve, en los que se nota la figura de un esclavo encadenado; pero encadenado de modo que debe tener a su vista el continuo aspecto de una cabeza de muerto. Sobre la puerta principal se nota un pedazo de pared blanqueado; allí es donde D. Pedro se habia hecho representar con su querida en una postura indecente: Isabel de Castilla al llegar a instalarse en el Palacio, hizo borrar aquella pintura.

Las otras salas, adornadas con todo el esplendor y la magnificencia orientales, llevan ya las trazas de la dominacion cristiana; así véense figurar entre los adornos el águila de dos cabezas y las columnas de Cárlos V.

En el piso bajo, enfrente de la entrada principal, se halla una sala de honor que comunica con las arquerías por una gran puer-

ta de madera magníficamente esculpida. Desgraciadamente los arcos moriscos, tan originales y tan graciosos, han sido reemplazados casi en su totalidad por puertas modernas. La sala de los Embajadores, vista de abajo, no pierde nada de su prestigio: a través de las elegantes arcadas cubiertas de tejidos de adornos calados se perciben las piezas laterales. Desde uno de los balcones de esta sala, es desde donde D. Pedro el Cruel tuvo con su hermano D. Fadrique un altercado premeditado, a consecuencia del cual le hizo dar de puñaladas a una señal convenida. En la pieza lateral de la derecha hay una inscripción que indica todavía el lugar donde la víctima cayó al suelo. D. Pedro castigó por sí mismo uno de sus crímenes de un modo raro. Había asesinado durante la noche en las calles de Sevilla a un hombre, y se imaginaba que nadie le había visto; pero una vieja que pasaba de casualidad por allí con una linterna sorda, lo había reconocido en su cojera. Al día siguiente encontré a la víctima; el alcalde corrió adonde se hallaba el rey para pedir justicia: éste, sin sospechar nada, prometió que el culpable sería decapitado y su cabeza expuesta públicamente. El alcalde entonces, informado por la vieja, declaró a D. Pedro que había sido reconocido. El rey, como se supone, no se dejó decapitar en persona; pero para no faltar completamente a su palabra, hizo esculpir su cabeza y exponerla detrás de una reja en una calle de Sevilla, en donde se la ve todavía hoy.

Visitamos además algunas salas reparadas con más ó menos inteligencia y gusto, y después de haber recompensado por sus servicios al viejo *cicerone*, salimos del Palacio por las grandes y magníficas puertas de la fachada, envidiando la suerte de aquellos a quienes cupo ver este edificio incomparable al principio del siglo, cuando todos los muros resplandecían todavía con el brillo de mil colores. Fué en efecto por el año de 1820 cuando un inglés, inspector del Alcázar, cometió el crimen inaudito de blanquear los deliciosos adornos de la fantasía oriental, de manera que hoy solo se puede juzgar de la antigua magnificencia por algunas partes felizmente preservadas. No hay expresiones bastante fuertes para calificar semejante vandalismo, y solo es de sentirse que el culpable haya muerto impune é innominado.

Antes de abandonar este palacio, debo tratar de resumir mi impresión en globo.

El Alcázar no tiene el carácter grandioso de las antigüedades de Grecia y Roma, ó de los monumentos de la edad média: no es uno de aquellos edificios que obran poderosamente en el alma por sus dimensiones gigantescas; no despierta grandes recuerdos como el Acrópolis de Atenas, cuya sola vista trae a la memoria la historia de un pueblo entero: es la amable y arrobadora creación de una época poética y sensual, un edificio elegante y ligero que carece del pensamiento de la eternidad. El Islamismo no permite a sus fieles sino habitaciones pasajeras, campamentos en el camino de la peregrinación terrestre: el ideal del mahometano es el de una conquista sin descanso hasta que la espada del Profeta haya acabado la conquista del mundo, y por esto en las ciudades orientales la mayor parte de las casas son de madera. En el Alcázar, parece que los califas quisieron realizar con la piedra el ideal del *Palacio de un instante*, una tienda guerrera destinada para servir de modelo a las generaciones futuras y para eternizar con ella el tipo de la arquitectura provisional y ligera.

La fatiga de la vista, indisposición tan común en los viajeros entusiastas, empezaba ya a hacerse sentir, y sin embargo, teníamos que visitar todavía la iglesia de Santa Catarina para ver Murillos. Cuatro lienzos son principalmente notables: dos grandes que representan una *Cena* y un *Moisés*, y dos más pequeños; un *Cristo* y un *San Juan Bautista niño*. Estos dos últimos pertenecen al estilo más vigoroso del gran maestro; son verdaderos hijos del pueblo, naturalezas enérgicas y fuertes, revestidas de carnes flexibles y firmes. Rafael y Van-Dyck son pintores aristocráticos; Murillo es el pintor popular: sus figuras, convengo en ello, carecen de gracia ideal, pero en recompensa, tienen la fuerza, poseen una rara potencia vital; no podría desconocerse en él un generoso esfuerzo, una tendencia a elevarse a regiones superiores y aun celestes. Pero en general, la vulgaridad de sus modelos españoles lo encadena a la tierra. Solo un corto número de sus Madonas y de sus santos, como por ejemplo el *San Francisco* de la catedral de Sevilla, están penetrados de inspiración verdaderamente ideal. Y sin embargo, a mi entender, esta inspiración no anima nunca

por completo a Murillo, miéntras que las mas grandes obras de Rafael, parecen haber sido tomadas de las esferas celestiales; solo pongo por ejemplo, la Madona de San Sixto del museo de Dresde, y la vision de Ezequiel del Palacio Pitti.

Contentísimos subimos a un coche guarnecido de rojo, como los de los cardenales, para hacernos llevar a las arenas de *las Corridas*: es un vasto edificio de forma circular, situado en una plaza descubierta. En la entrada daba la guardia un piquete de hulanes.

Queríamos entrar por la puerta de en medio, pero nuestros billetes nos hicieron tomar la puerta lateral. Subimos una primera escalera que remata en un estrecho pasadizo: allí tuvimos que franquear aún algunos escalones, y de repente nos hallamos en las galerías, en el interior de un circo inmenso é imponente.

Nos condujeron a un banco de piedra al cual se habia agregado, en honor nuestro, un respaldo de madera. Este banco se encontraba entre dos columnas cerca de una balaustrada de fierro. Forzoso fué acomodarse allí como pudimos entre el hierro y la piedra. De ordinario me horripila el sentarme en un espacio tan reducido en medio de una numerosa reunion; pero, ¡qué sacrificios no se harían para gozar del espectáculo que nos esperaba! Me instalé, pues, lo mejor posible; me puse a observar por menor la disposicion de la plaza; teníamos delante el vasto recinto vacío todavía debajo y detrás de las galerías.

El edificio, cuyo plan es bastante semejante al de las arenas antiguas, solo tiene una mitad construida de piedra. Todo lo demas es de madera. El techado, soportado por ligeros arcos, abriga a los espectadores de los rayos del sol, a lo ménos de un lado. En medio de la parte de piedra se levanta el palco real, adornado con una corona y descansando sobre una gran puerta abovedada.

Enfrente, del otro lado del Circo, está el palco del *Empresario de la corrida*, también sobre una ancha puerta. El recinto interior en donde se libra el combate es ovalado; una barrera de planchas, bastante elevada, pone al público al abrigo de los peligros de la corrida. En diferentes puntos de esta barrera hay practicadas aberturas disimuladas detrás de ligeros burladeros de madera sobre los que están pintados los emblemas de la corrida; son refugios para los combatientes.

Una indecible angustia se apoderó de mí al pasear mis miradas por aquel vasto recinto y pensar en lo que seguia. ¿Tendré ánimo para contemplar el juego sangriento que se prepara? Me veo tentado un momento de alejarme del Circo, un impulso secreto parece querer lanzarme de mi lugar; pero las galerías se llenan mas y mas; y el atractivo de este espectáculo triunfa de la turbacion que me agita.

Vestidos de fiesta de todos colores llenan los palcos y las galerías; diríase que es aquello una exposicion de flores colocadas sobre gradas. Distínguense por su agitacion los hombres, bien formados, cubiertos con el sombrero redondo, vestidos de chaquetas bordadas y fajas rojas en la cintura; es aquello un movimiento perpétuo, una batahola que aturde; la multitud grita, aulla, silba, atruena, ¡y esto no es mas que el prelude de lo que vamos a oír durante la corrida! Acompaña a este tumulto el chis chas de millares de abanicos; las ricas usan abanicos de laca de China, iluminados con los mas vivos colores; las pobres y el sexo fuerte, que no hace de ordinario uso de este instrumento de la coquetería femenina, se procuran fresco con abanicos de junco y de papel comprados en el dia y decorados con viñetas y versos de actualidad.

Un pueblo entero de mujeres de cabellera de ébano y ojos centellantes cubre las gradas de piedra; cubre sus hombros la mantilla tradicional; es un murmullo general de cuchicheos y alegres conversaciones. ¿Aquellos labios de rosa hablan acaso de placer ó de baile? ¿Aquellos ojos llenos de fuego se ocupan acaso de pasar revista a los danzantes que entran en un salon? Nada de esto. ¡Las hijas de Sevilla solo se interesan por la lucha sangrienta que va a empezar!

Algunos oficiales de rico uniforme entraban por la puerta situada tras de nosotros, y con ellos una de las mas graciosas y bellas criaturas que se me hayan aparecido bajo el cielo español. Llegó a sentarse cerca de nosotros, de manera que pude contemplar cómodamente el juego de su fisonomía y el menor de sus movimientos. Por lo pronto, no me pareció ocuparse de otra cosa que de chancearse y reir con uno de sus adoradores; pero me propuse no perderla de vista cuando la sangre corriese.